



LA NOCIÓN DE LA VIDA.



LO que la ciencia jurídica con sus fórmulas severas ha llamado *instinto de la conservación propia*, llámase ó puede llamarse en poesía de una manera menos exacta, pero más significativa, sed inextinguible de vida, anhelo incesante de vivir, aborrecimiento á la nada.

Para la filosofía alemana (doctrina de Hegel) la vida es la expansión, el desenvolvimiento del sér, primero inconsciente en la materia inorgánica, adquiriendo después conciencia de sí en el alma del hombre: para la filosofía cristiana es la vida un dón gratuito del Creador, y el aborrecimiento de la muerte, un fenómeno psicológico, que escapando al estrecho criterio de la moderna escuela positivista, demuestra la grandeza de nuestros destinos.

De todas maneras, el amor de la vida es un sentimiento enérgico é irresistible, que

nos hace preferir los padecimientos más crueles, la existencia más miserable, á la cesación del vivir.

Plutôt souffrir que mourir  
C' est la devise des hommes

ha dicho Lafontaine.

O de otra manera:

Quédeme incapaz de bodas,  
tullido, gotoso, manco;  
todo lo llevo en paciencia  
si libre el pellejo saco.

Los esfuerzos de la ciencia hasta ahora, han sido impotentes para definir la vida. Bichat ha dicho: "La vida es el conjunto de funciones que resisten á la muerte;" definición que peca contra las reglas de la Lógica, porque en ella entra, aunque en un sentido negativo, el término mismo que se trata de definir.

Sea como fuere, si á la ciencia toca definir ese conjunto de fenómenos que constituyen la vida; si la filosofía debe á su vez explicar la noción metafísica del sér, á la poesía ha correspondido siempre describir ese intensísimo placer, más para sentido que para explicado, que consiste en encontrarse en plena posesión de la vida. ¿Cómo la poesía de todas las edades ha salido de este empeño?

He aquí una pregunta, cuya contestación

daría materia para escribir volúmenes enteros. Desde la magnífica invocación del poema *De natura rerum*, del epicúreo Lucrecio, donde con tan vivo colorido se pinta el amor, fuente y origen de la vida, hasta los arrobamientos místicos de los poetas del siglo XVI, en los cuales la vida individual parece perderse en los anhelos sin fin de un alma sedienta de lo infinito, y desde los fáciles y agradables versos de la Anacreónica, expresión fiel del sentido de la vida en aquellas edades, hasta las sombrías y tristes concepciones de Leopardi y de Schopenhauer, hay una distancia inmensa, que sólo un hombre de vastísima instrucción y de superior ingenio pudiera recorrer. Podremos estar equivocados; pero creemos que este sería un hermoso tema para un libro que no ha sido escrito todavía: *Estudiar el concepto, la noción de la vida, en todos los tiempos y su influencia en la literatura de todas las edades.*

Porque es claro que no se trata simplemente de describir un sentimiento que todos experimentamos, y que de una manera tan enérgica se da á conocer en las expansiones de un alma que tiende sin cesar á desplegar sus alas en más vastos horizontes, y en las dulces fruiciones del amor, y hasta en las terribles angustias, con que re-

cibimos la muerte, (que todos estos hechos y otros muchos, no son, en nuestro sentir, sino manifestaciones diversas del sentimiento inmanente de la vida); sino de estudiar sus diversos modos de revelarse y las diversas maneras como los hombres lo han expresado, según los tiempos y los varios grados de cultura de los pueblos.

La noción abstracta de la vida, es de por sí, bien difícil de explicarse y definirse; quizá el empeño de definirla sea propio de las épocas de refinamiento y de minucioso análisis, cual lo es la presente; pero la expresión poética del placer de vivir, hondamente sentido por el hombre mientras más cercano se halla de la naturaleza, ha debido brotar, por decirlo así, de una manera espontánea de los labios de los hombres en todos los tiempos.

Confundido con el sentimiento de asombro que debió causarle el encontrarse en posesión de la existencia, debe de haberse exhalado en forma de himno de acción de gracias á la divinidad, de plegarias y oraciones. Los primeros momentos de la creación del hombre tan admirablemente descritos por la elocuente pluma de Buffón, ¿qué otra cosa son sino la expresión ingenua de ese placer que el hombre experimenta por solo el hecho de vivir?

La vida es el sér; la muerte es la nada, de la cual tiende el hombre á escapar, elevándose en alas de su fé ó de su imaginación á otras regiones donde continuará viviendo eternamente. Tal es la intensidad del sentimiento que con fuerza irresistible nos apega á la vida. Amándola nos amamos á nosotros mismos, pues no nos es posible concebir la vida en los demás, sin concebir nuestra propia existencia. Sin concebir mi propio sér ¿cómo podré concebir el sér en sí?

Pero aun queda otra cuestión importante que sólo queremos apuntar. ¿En cuál de nuestras facultades radica esencialmente ese anhelo de vida de donde nace el intensísimo placer del vivir? Tal pregunta equivale á esta otra: ¿cuál es la esencia de nuestro sér?

¿Vivimos porque entendemos, porque sentimos ó porque queremos? He aquí una gravísima cuestión, que á nuestro juicio no tiene solución posible en los términos en que viene propuesta. El hombre es un sér, complejo, y no es posible separar lo que Dios quiso unir.

Hay quienes den la preferencia á la voluntad. Para estos filósofos querer es vivir; pero la voluntad sin la conciencia no es voluntad, y la conciencia es un fenómeno de la inteligencia. Aquí es el caso de repetir

con los escolásticos: *nihil intellegimus, nissi intellegamus, nos intelligere; nihil sentimus nissi sentiamus nos sentire.*

El lenguaje común, más sensato de lo que de ordinario se cree, lo ha comprendido así y ha resuelto la dificultad, atribuyendo una vida propia á cada una de las facultades de nuestro espíritu, á cada una de las diversas manifestaciones de nuestro sér; á cada paso decimos, la vida de la inteligencia, la vida del corazón, etc.

Dedúcese de lo dicho, que al placer de la vida tomado en su mayor extensión, atribuímos nosotros los placeres del espíritu, no menos que las gratas emociones del corazón; los halagos que sienten nuestros sentidos al ponerse en comunicación con el mundo exterior, no menos que la dulce satisfacción que resulta del comercio y comunicación de las ideas. Todo ello es vivir; y la vida, á nuestro juicio, sólo por ser vida, y sin tomar en cuenta los accidentes que forman su variado tejido, es una fuente fecunda de poética inspiración.

¿Nos habremos equivocado en este juicio? Fácil es que así sea; pero de todas maneras hemos querido apuntar estas extrañas y raras ideas, por si alguno de nuestros compañeros de estudios y trabajos, las considera dignas de alguna atención.

Al terminar de trazar estos renglones parecénos oportuno exclamar con el poeta Zorrilla:

Bello es vivir, la vida es la armonía  
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,  
Un sol de fuego, iluminando el día,  
Y flores por todas partes, animadas.

